

Homenaje a Ernesto Sábato

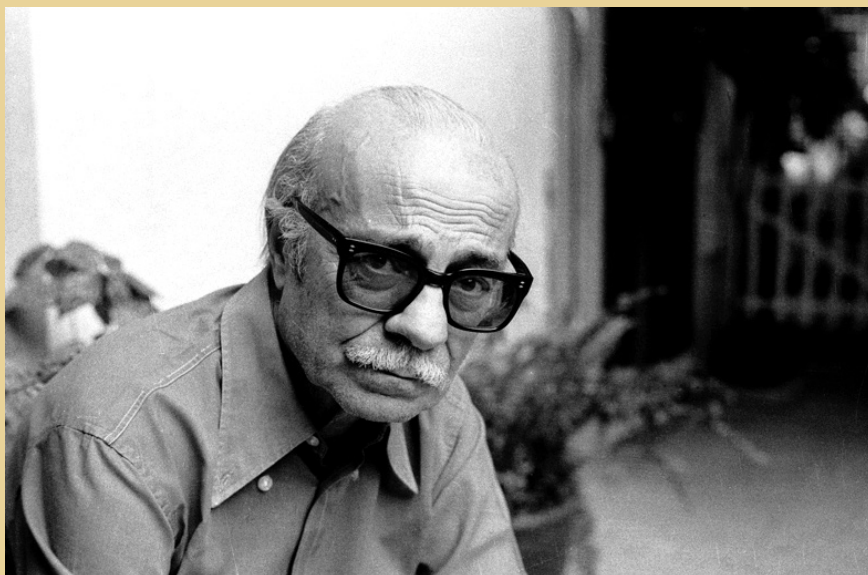
Villa Carlos Paz

Texto y foto | **Mario Muchnik** [Editor, fotógrafo y escritor]

La inteligencia de Sábato me deslumbraba. Con sus 36 años cumplidos, me llevaba 20 y me hacía reír. Pasamos varios veranos en un lugar bautizado "El Pantanillo", en medio de las sierras de Córdoba, a unos seis kilómetros del "pueblo", como llamábamos a Villa Carlos Paz. Disponíamos de un sulqui, al que yo enganchara el caballo —que era blanco y se llamaba Califa— y dando tumbos por un sendero agreste bordeado de espinillos, solía ir por las mañanas al pueblo a hacer las compras del día. Me divertía franquear el punto más alto y ver cómo Califa, con una experiencia de años, se detenía para recuperar el aliento. Y luego chapoteábamos en el pantanillo de veras, unos veinte metros encharcados, a cuyo alrededor mojaban su largas patas los teros —"teru teru teru...", gritaban y yo los saludaba con unas risas, diálogo interespecies del que solía jactarme.

A la vuelta, descargaba el sulqui junto a la cocina, desenganchaba a Califa y lo llevaba a refrescarse en el arroyito cercano. Pasábamos, el caballo y yo, junto a Sábato, que teclaba furiosamente en su Hermes Baby lo que luego sería su novela El túnel.

Carlos Paz estaba vinculada a la capital de la provincia, Córdoba, por una línea de desvincijados autobuses de horario caprichoso, generalmente en retraso. Un día Sábato tenía que ir a Córdoba no re-



uerdo exactamente si para alcanzar el tren a Buenos Aires o para visitar a sus amigos astrónomos del observatorio. Lo llevé a Carlos Paz en el sulqui pero, al llegar, nos encontramos con que esta vez el armatoste se había adelantado y ya había pasado: habían modificado el horario sin avisar. El despachito de billetes estaba dentro del café local —donde los tickets de caja iban encabezados por la frase bíblica "Precio de la consumación". Sábato se trenzó en una discusión desigual con el pobre despachante de billetes en el café del pueblo. Pero la dialéctica bruñida del intelectual porteño se dio de bruces contra el alma criolla. A la postre el empleado

dio señales de percibir la presencia del joven físico y escritor, y le dijo: "Vamos a ver, señor, usté qu'es tan inteligente..." y Sábato lo cortó, tajante, con un airadísimo: "¿Y a usted quién le dijo que soy muy inteligente? Al contrario, ¡soy muy burro yo, muy burro!"

Y como quien más festeja los chistes de Sábato es Sábato, se acabó la discusión, porque éste largó la carcajada, dio media vuelta y se me acercó riendo y mascullando: "¡Qué voy a ser inteligente yo! ¿Qué se habrá creído ese...? ¡Soy muy burro!"



■ MARIO MUCHNIK

Nacido en Buenos Aires, se licenció en física en la Columbia University de Nueva York y obtuvo el doctorado en Roma. Ahora vive y trabaja en Madrid.

Se inició en el mundo editorial en París (Editions Robert Laffont). Con su padre, Jacobo, fundó en Barcelona Muchnik Editores. Ha sido director de Seix Barral y de Anaya & Mario Muchnik. En 1998 creó el Taller de Mario Muchnik.

De su amplio archivo fotográfico nacieron varios libros de fotografía: "Miguel Ángel de cerca", "Un bárbaro en París". Ha realizado exposiciones: "De cielo en cielo", "Lo peor no son los autores", "Instantes robados. Retratos literarios y crónicas viajeras", "Volverte a ver".

Además, es autor de una veintena de libros, entre ellos, cuatro volúmenes autobiográficos.

Cuando conoció a Ernesto Sábato, Mario Muchnik tenía catorce años.